

Barba Jacob: el poeta de la conciencia desgraciada

Escribe: EDUARDO GOMEZ

Ya desde su primera infancia Miguel Angel Osorio queda señalado por la que, con el tiempo, será característica fundamental de su existencia y de su poesía: el desarraigo respecto a todo vínculo tradicional, a toda seguridad preestablecida, a toda posibilidad de adaptación. Sus padres lo encomiendan a sus abuelos y padece entonces una infancia caracterizada por la apaternidad y por una relativa amaternidad, que los cuidados de su abuela no lograrán hacer olvidar del todo; la pobreza le impide sobrepasar los estudios elementales y tendrá que ser autodidacta y no contar con una profesión sólida; siendo ajeno a la guerra es reclutado como soldado en la de los Mil Días y la falta de un padre que le diera los elementos para hacerse hombre cabal, así como el fracaso en su único romance con una mujer (Teresa Jaramillo Medina), todavía en una edad decisiva para imprimir carácter al resto de su vida, lo llevan al homosexualismo. No es, pues, de extrañar que tampoco se sienta arraigado en su país de origen, que no tenga el sentido del patriotismo a ultranza y que emprenda desde su adolescencia un peregrinar que no tendrá término y que lo llevará incesantemente a viajar por todos los países centroamericanos y hasta los Estados Unidos. Es cierto que México y Colombia constituyen sus polos de preferencia pero no logra echar raíces en ninguno de ellos: "el amor a México es mi única fuerza... México es mi juventud y mi dolor; mis alaridos cabalgan en las brisas mexicanas", exclama pero, simultáneamente, Colombia es su niñez y su primera adolescencia, aunque la falta de ataduras familiares y el rechazo machista y católico que allí presente, de sus deseos excéntricos y sus costumbres transgresoras, lo hacen

sentir dolorosamente distanciado de su patria de origen. La falta de una profesión y la imposibilidad de vivir de sus versos lo llevan a recurrir, con el cinismo a que obligan las necesidades de la sobrevivencia, al periodismo sin convicción y a mirar con cierto desprecio esta actividad, ejercida solo "para ganar el pan", como él mismo dice.

De ahí que ese signo del desarraigo (tal vez el más radical de la historia de la literatura colombiana, si tenemos en cuenta la época en su especificidad fanática, provinciana y machista) haya culminado espontáneamente, y en forma avasalladora y ardiente, en una poesía que se embriaga con el azar de la existencia, con su gratuidad imposible de justificar con el espíritu de seriedad" y que canta la condición "vana, variable y ondeante" del hombre, como reza el epígrafe de Montaigne al poema que condensa mejor su vocación andariega y voluble y la fluidez de la condición humana: "Canción de la vida profunda". De ahí que ese cantor viajero y enamorado de las lejanías haya exaltado la llama y el viento como los símbolos por antonomasia de su existencia aventurera: "decid cuando yo muera... / soberbio y desdénoso, pródigo y turbulento, / en el vital deliquio por siempre insaciado / era una llama al viento..." / ("Futuro").

Vive inmerso en el instante y se consume en su intensidad de llama y solo quiere preservarlo para el futuro por medio de la palabra frágil que lo condense en su fugacidad única y testimonial. Esa avidez vital, esa exaltación del presente inmediato, es lo único que este desheredado puede oponer al absurdo de la muerte: "dirige hacia los aires la flecha de tu anhelo / qué importa que no sepas a dónde va a caer". ("El collar desatado"). Y por eso puede gritar con el júbilo de los marginados que han comprendido su condena: "la muerte viene, todo será polvo... El Polvo reina, el Polvo el Iracundo... Alegría' Alegría' Alegría" ("Balada de la loca alegría").

Como vive a cada paso su soledad con una exaltación agónica e intuye la muerte como el hecho que fundamentalmente absurdiza la existencia, se humaniza y su existencia gana en intensidad respecto al "hombre de bien", quien se vive como "inmortal" y usufructúa y administra, escrupuloso y eficiente, el capital intangible de su "felicidad".

Convencido, como todo artista, de que lo gratuito es lo esencial de la existencia porque es lo único que se hace por amor, no tiene inconveniente en condescender con el filisteo utilitarista y

exclama: “mi esfuerzo vano —estéril mi pasión—” pero invita a todos “a beber, a danzar al son de mi canción” y agrega provocador: “Y nadie ha sido más feliz que yo”. Es entonces un nihilista que no cree en la Gloria (“La gloria es eco de una pureza urdida en sueños”), ni en la Vida que pretende justificarse en el Bien, y solo se siente vivir en lo orgiástico, en lo sensual amoroso; y es tal su ansiedad que quiere abarcar las vivencias de ambos sexos: “fui Eva y fui Adán” dice en “El son del viento” y en “Balada de la loca alegría”: “Una bacante loca y un sátiro afrentoso / conjuntan en mi sangre su frenesí amoroso” /.

Sin embargo, siente a veces la nostalgia de una hipotética “pureza”, pues todavía es blasfemo, es decir, creyente mediante la negación demoníaca; todavía se siente un poco “pecador” y, sobre todo, experimenta a veces la fatiga abrumadora de vivir en la negación y en el rechazo. Entonces se apodera de él la nostalgia de sus primeros años cuando todavía se proyectaba dentro de los cánones sencillos de la “normalidad”: “¡Oh sombra vaga, oh sombra de mi primera novia! / era como el convólvulo —la flor de los crepúsculos— / y era como las teresitas: azul crepuscular. / Nuestro amor semejava paloma de la aldea, / grato a todos los ojos y a todos familiar”. Pero este no es, decididamente, el tono de su poesía y esas nostalgias son apenas un alto en el camino que no se repetirán. Para Barba Jacob el Hombre es fundamentalmente conciencia amenazada, conciencia atormentada, imposibilidad de armonía entre su pesadez fáctica y sus anhelos espirituales. Sigue siendo cristiano pero al estilo de un Dostoievsky, en el sentido de que considera que toda superación, toda “purificación” y espiritualización solo son posibles después de madurar en los tormentos de la pasión, del crimen, de la impotencia y la angustia: “Los que no habéis llevado en el corazón el túmulo de un Dios / ni en las manos la sangre de un homicidio; / los que no comprendéis el horror de la conciencia ante el Universo; / los que no sentís el gusano de una cobardía / que os roe sin cesar las raíces del ser, / los que no merecéis ni un honor supremo / ni una suprema ignominia: / Los que gozáis las cosas sin ímpetus ni vuelcos, / sin radiaciones íntimas, igual y cotidianamente fáciles; / ... Los que decís: «Está amaneciendo» / y no lloráis el milagro del lirio del alba: / ... Los que no habéis gemido de horror y de pavor, / como entre duras barras, en los abrazos férreos / de una pasión inicua, / mientras se quema el alma en fulgor iracundo, / muda, lúgubre, / vaso de oprobio y lámpara

de sacrificio universal, / Vosotros no podéis comprender el sentido doloroso / de esta palabra: ¡UN HOMBRE”!

¿Pero cantar el martirio como condición de la humanización y de la espiritualidad no es concebir la existencia como una especie de santidad laica, de renuncia a la realización que se fundamenta en la crítica progresiva y en la superación? ¿No es postular la espiritualidad como el desgarramiento permanente y que se vive “por él mismo” y no como un momento necesario a la síntesis y a la serenidad?

Si es cierto que Barba-Jacob no podía, en su extremo aislamiento histórico y en la impotencia de su soledad, aspirar a una realización que hubiera supuesto alguna tendencia social crítica capaz de comprenderlo y de ofrecerle alguna perspectiva relativa, también lo es el que hoy ya no podemos identificarnos con el masoquismo exaltado que su posición irradia, y que su poesía nos conmueve más por su sinceridad y su intensidad que por su profunda verdad.

Sin embargo, es necesario advertir a los jueces fáciles, a los contentos con su mundillo sentimental y su “normalidad” patentada (así ella signifique sadismo, explotación o crimen) que no es sencillo tomar distancia de un poeta de la trascendencia de Barba-Jacob (en los pocos poemas consagatorios que escribió) puesto que esa distancia implica el haber descubierto un nuevo continente donde el amor no signifique la relación demoníaca de sujeto a “objeto” (sino la humana y humanizante de sujeto activo a sujeto pasivo), donde la espiritualidad no se consiga al precio de la renuncia a la realización progresiva **aquí y desde ahora**, ya sea en una lucha exigente o en un triunfo necesariamente transitorio pero de contradicciones fecundas, donde el afianzamiento de una personalidad no signifique la esclavización de otra u otras y donde la exaltación del canto no tienda a convertirse en desvarío o en locura, debido a la necesidad de escapar a presiones abrumadoras o al divorcio inconsciente y paulatino de una realidad amenazante. En fin, esa distancia implica un mundo donde **incluso la neurosis** pueda hacerse productiva y en donde, en síntesis, la libertad no se conciba (como en Barba-Jacob) **como una embriaguez en la ilusión inmediata del instante** (entendido como pausa enervante en un proceso agónico), sino como apertura **coyuntural** que el sujeto asume y sobrepasa en la condensación del proyecto individual pero situado lúcidamente en una historia.